

EL P. NAVA, COMPAÑERO DE TRABAJO Y MAESTRO DE VIDA COMO SACERDOTE Y AMIGO

MARÍA ISABEL PRIETO

Era el año 1967 cuando se me encarga preparar un despacho, mejor sería un lugar para trabajar, al P. Jesuita que va a colaborar en la Casa. Desde el primer momento descubrí a una persona con unas características que me sorprendieron positivamente:

- Aceptó todo tal cual se le presentó: lugar, sitio de trabajo, bastante sencillo y casi obsoleto, se reducía a una máquina de escribir; otros servicios eran comunes.
- El orden, nunca tenía encima de la mesa papel o documento que no fuese material de trabajo de ese instante, como si los papeles debieran guardar el secreto de un asunto respecto al otro.
- Cuando terminaba su jornada de trabajo, todo quedaba absolutamente recogido, en su sitio. Se fijaba mucho en el orden y compostura externa, que interpretaba como reflejo del interior. Creo que más que profeta de los demás, era historiador de sí mismo.

Y por encima de estos rasgos, que podríamos clasificar como materiales o externos, estaba su silencio, aun cuando estuviésemos trabajando sobre el mismo asunto, no hacía comentario alguno. Como estudioso de la Historia y por lo mismo valoraba la importancia del dato concreto, y así aportaba información para la «crónica», un juicio crítico que terminase en crítica.

Era el compañero de trabajo que ayudaba, pero sobre todo enseñaba con su *hacer* siempre positivo, de esta manera me ayudó en muchos momentos a sacar fuerza de flaqueza sin grandes discursos ni consideraciones.

Pasaron los años, dejé el trabajo de servicio directo a la Iglesia por problemas de salud, pero como «lo que bien se aprende, tarde se olvida»; el Padre Nava ha marcado de forma importante el *como* de mi hacer: orden, silencio, universalidad, entrega...

Como sacerdote y jesuita acompañó mi vida de fe y de religiosa. Su palabra breve, concisa, justa, y casi siempre acertada, me obligaba a pensar, analizar, discernir..., y tomar mis propias decisiones; eran años, en mi historia personal lo suficientemente jóvenes como para que se dieran momentos de duda, de lucha..., con frecuencia agudizados por circunstancias ajenas a mí, pero que exigían madurez y prudencia.

El Padre Nava, apoyado en la Sagrada Escritura y, en el «libro, que en cada ocasión me prestaba» ponía luz en mi vida y en los recursos de razón que alimentaban mi mente analítica.

Más, por encima de todo esto empujó a toda mi persona para vivir cada día y en cada acontecer o impulso de la acción del Espíritu; su argumento: «no temas amar», es el camino de la libertad y del don que se recibe y se da, con lo que se abrían horizontes para el gozo y la paz. También en los días oscuros y de sufrimiento (en gran medida por cuestiones de salud) que se dan en toda existencia humana y a lo largo de estos cuarenta años, ha seguido resonando fuerte y breve: «no temas, Deus semper maior». Esto ha supuesto, de forma constante una urgencia de fidelidad, de gratuidad, de gratitud a Dios y al Padre Nava que me hablaba en castellano.

El amigo fiel, en los momentos y circunstancias de gozo y en los de dolor, siempre pude contar con él; nunca me faltó su visita, carta o llamada de teléfono, por ejemplo: el día de mi santo, en el aniversario de mi profesión religiosa. En los días difíciles por situaciones familiares, su presencia acompañaba a toda la familia. Mi madre lo quería muchísimo.

¡Cuántas veces me dijo!: «.... no seguimos el mismo camino porque nos hemos encontrado, sino que nos hemos encontrado porque seguimos el mismo camino». Parece un juego de palabras pero no, es algo más: entregar la vida en el anonimato de lo cotidiano por la santidad sacerdotal, en el servicio silencioso a la Iglesia y la posibilidad de multiplicar la acción social a través de la Escuela de Trabajo Social (que para mí ha sido la docencia de la Historia), nos unía en una ofrenda permanente que daba y da sentido a tantas cosas...

Siempre me impresionó su silencio, su igualdad de ánimo, la ausencia de quejas, hasta el extremo de que en una etapa, en que yo intuía que era dura y difícil para él en relación con la Universidad, nunca me hizo un comentario descriptivo, me dio, para que la leyera, una carta que dirigía a un superior y quedó grabada en mi mente una frase: «... sabe que vine a la Compañía para humillarme y obedecer...» ¡y a fe que lo hizo y lo y lo vivió! Una vez más ésta es una de esas lecciones magistrales que han sido y son luz y fuerza en mi caminar en la fe, la esperanza y el amor, y se cumple aquello de que «si bueno y breve dos veces bueno».

Teníamos de vez en cuando un tema de conversación, que casi era un momento de ocio; por una de tantas coincidencias en la vida, los dos estudiamos Historia en la misma Universidad (Valladolid), no en los mismos años, pero si en alguna asignatura nos tocaron los mismos profesores y éste era un «lugar común».

Es de justicia manifestar mi gratitud y cariño al Padre Nava, sentimientos que traspasan las fronteras del tiempo y estoy segura que nos introduce en las de la eternidad.